



CAPÍTULO XII.

Campo de las Espigas. — Monte de las Bienaventuranzas. — Lugar de la multiplicación de los panes. — Saphed. — Planes de Hittin. — Tiberíades. — Circunstancia desfavorable. — Tradición israelita. — Los rabinos de Tiberíades. — El mar de Genezareth. — Paseo en rededor del lago. — País de los Gerazenos. — Ilusiones. — Cafarnaum, Coratzain y Betsáida. — Majestad del Thabor. — Subida. — Misa entre las grandiosas ruinas de su cumbre. — Un monje del Thabor mártir del dinero. — El Hermon. — Campo de Débora. — Nephet-Dor. — Ruinas de Cesarea.

Cada paso que adelanta el viajero en Palestina va acompañado de recuerdos é impresiones, en los que todo lo grande y majestuoso de los cielos descende á mezclarse con los seres de la tierra, para hablar al corazón de los mortales ilustrados por la Religión. Salía yo de Nazareth, habia visto los vestigios, por así decir, que dejó Dios hecho niño y vestido de carne humana, contemplado en Caná las primeras muestras que dió de su poder, y entraba en los campos de la Galilea, donde los sermones de Jesus, cual rayo despedido por el sol, anunciaron á un mundo que esperaba tantos siglos haber llegado el tiempo de su redención. Los valles, las aguas, las montañas, sus bosques, y hasta las piedras, parecen conmovirse para cantar la gloria del Señor, que un día las hollaba con la planta de su pié, ó las hacia resonar con el eco de su voz. Atravesaba el campo de las Espigas, formado por la abertura que hacen los montes de Galilea á tres cuartos de legua de Caná, y los despojos del trigo que los Árabes acababan de cosechar me recorda-

ban el falso celo de los Fariseos, que dió ocasion para que allí predicase el Maestro Divino aquellas sublimes máximas que explican la profunda filosofía del cristianismo. « El Hijo del hombre es el Señor; misericordia quiero y no sacrificio. » Los Apóstoles, hambrientos, cortaban algunas espigas y comian; aquellos hipócritas viéndolos: « Mira, dijeron al Salvador, cómo quebrantan tus discípulos la ley, haciendo lo que no es lícito el sábado. — ¿No habeis leído, les respondió Jesus, que David, cuando tuvo hambre, tomó los panes que reservaba la ley para los sacerdotes? ¿y no habeis leído tambien que estos mismos en el templo quebrantan el sábado sin pecado? Pues sabed que aquí está quien es mayor que el templo. »

Recordando los sucesos que acompañaron la predicacion de esta doctrina celestial, el alma siente mil inspiraciones religiosas; esa muchedumbre que sigue al Salvador del mundo, los enfermos que se agolpan para tocar sus vestidos, y los discípulos que introducen nuevos creyentes á su Maestro, forman el conjunto del espectáculo admirable que ofreció la Galilea, y cuya fama conmovió las montañas de Judá y los países vecinos de Tiro y de Sidon. En una de las lomas de Hittin me detuve largo rato; ni una persona veía fuera de las que componian nuestra comitiva, y el silencio que reinaba en toda aquella espaciosa region, unido á recuerdos que conserva el Evangelio, imprimía sobre fragmentos de edificios que miraba caidos á mis piés la imágen del espíritu triunfante sobre la carne y del mundo ilustrado con doctrina venida de los cielos. ¡ Ah ! una multitud aquí mismo se agolpó un dia para oír preceptos ignorados hasta entónces de los hombres; y el Salvador, á la faz de un mundo que afectó desconocerle, llenó su alto ministerio de Maestro, Legislador y Consejero. No enseñó la sabiduría humana, sino la ciencia de la eternidad, ni sancionó teorías, sino leyes prácticas, y que con la vivísima claridad de sus consejos hizo su ejecucion mas fácil todavía. Aquí

abrió el reino de los cielos al corazón sencillo é inocente, bendijo al humilde dándole la posesion perfecta de sí mismo, prometió consuelos eternos al que llora sus extravíos, y abundancia de medios para progresar al que corre ansioso tras de las virtudes. — Aquí predicó misericordia, y llamó *Bienaventurados* á los que practican las obras que esta inspira, prometió el cielo al alma sin doblez, premió á los pacíficos con el dichoso título de *Hijos de Dios*, y bendijo las penas y congojas de todos los que sufren los penosos efectos de la injusticia humana. Ved ahí la filosofía sublime del Evangelio compendiada por su Divino Autor, que « abrió su boca para enseñar á los pequeños y mansos de corazón. » Este es el *Monte de las Bienaventuranzas*, mas célebre por la doctrina de Jesucristo que el Académus y el Areopago, ilustrados por las cátedras de los famosos oradores y filósofos de la Grecia. En él mismo descubrió al mundo un manantial perenne de bienes y consuelos mas apreciables que cuantos prometen los hombres, la fortuna y la elevacion terrena. « Vosotros rogaréis, esta es vuestra riqueza, dice á los que le escuchan, pues todo lo que pidiéreis se os dará por El que tiene todas las cosas en sus manos. » — Aquí enseñó el *Padre nuestro*, la oracion por excelencia, que repitió despues sobre el monte de las Olivas.

La dulzura del Salvador tenia cautiva á esa muchedumbre prodigiosa que, despues de seguirle por los valles frondosos de la Galilea, no le dejó cuando entraba en un desierto árido cerca de Tiberíades. Jesus levantó la vista desde el monte, donde estaba sentado entre sus discípulos, y « viendo que esa multitud venia á Él, dijo á Felipe: « ¿ Dónde compraremos pan para que coman estos? — Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescados, dijo Andres, hermano de Pedro; ¿pero qué es esto para tanta gente?... » Jesus les ordenó, no obstante, distribuir aquellos pocos panes y pescados entre cinco mil personas sentadas sobre la yerba, y cuando se hubieron saciado todos:

« Recoged , les dijo , los fragmentos , para que no se pierdan. » Así lo hicieron , llenando doce canastas que sobraron de los cinco panes y dos peces distribuidos (1).

De léjos miraba desde aquí la ciudad de Saphet , edificada en lo mas alto del Hittin á manera de una inmensa fortificacion : en sus inmediaciones nació Tobías , y ella domina la Iturea , la Tracónite , los desiertos de Bosra y el país dado á las tribus de Zabulon y Nephtali.

Los llanos de Hittin , tristemente célebres por la gran victoria que obtuvo Saladino sobre los cruzados mandados por Guido de Lusignan , rey de Jerusalem , y Raimundo , conde de Trípoli , que decidió la pérdida de Palestina para los cristianos (2) , presentan una tierra árida , sin árbol ni verdura alguna que pueda templar los rayos de un sol abrasador. No tardé en llegar á su extremidad y en divisar desde esta el mar de Genezareth , que se extiende entre montañas con la pompa solemne de que le visten sus recuerdos divinos.

La ciudad de Tiberíades , edificada por Hérodos Agripa en el lugar mas fértil de Galilea , domina el pequeño mar ; y en ruinas como se encuentra vive solo para unir los eslabones de esa larga cadena de maldiciones y calamidades que la postraron completamente. Fortificada por soberbias murallas y elevadas torres , hoy están reducidas estas á montones de escombros , sobre los que pasean lobos y chacaes durante el silencio de la noche. Sin embargo , Tiberíades conserva esa importancia que dan la adversidad , una poblacion considerable y sociedades de literatos establecidas en su seno y de las que luego vamos á ocuparnos.

La circunstancia de mi llegada era muy desfavorable para visitarla : una sublevacion habia tenido lugar entre los Druzos , y cinco mil soldados árabes acababan de entrar en Tiberíades para dirigirse luego á las montañas del Líbano. Esta

(1) S. Juan , cap. vi.

(2) El 5 de julio de 1187.

tropa , sin moral ni disciplina militar , se divertía cometiéndole extorsiones de toda clase , y disparando sus fusiles por mero placer en las calles de la poblacion. Desde el terrado del convento de Franciscanos , único hospedaje que abre allí sus puertas al viajero , contemplé la vasta extension que ocupan las ruinas de la corte de Agripa , así como el triste panorama que presentan unidos los escombros y la miseria de la ciudad actual. Los únicos grandes edificios que se elevan hoy en el recinto de esta son el templo católico y la sinagoga , poco distantes uno de otro.

Una tradicion muy respetada por todos los Israelitas asegura que el Mesías vendrá á Tiberíades , Betulia , Cafarnaum y Jerusalem , cuyas ciudades por eso veneran ellos como lugares santos. Tiberíades cuenta entre sus pobladores al ménos cuatro mil Hebreos , y continuamente se ven desfilando por sus silenciosas calles largas tropas de camellos , que conducen familias israelitas que dejaron Constantinopla , Alemania ó la Polonia , por venir á morir en las riberas de Genezareth , ciertos que el Mesías bendecirá algun dia su sepulcro , cuando Señor de todas las naciones atraviere triunfante los campos y caminos que las rodean. Es seguro que muchos de los rabinos que habitan esta ciudad descienden de los que existian en el mismo lugar en el tiempo de Jesucristo , así como tambien lo es que su sinagoga es considerada como la mas sábia del Oriente , y aun de todo el mundo.

Los rabinos de Tiberíades adquirieron gran reputacion desde el Talmud y la Masora , elaborados en su seno ; un doctor de la escuela de Tiberíades dió á S. Jerónimo lecciones de hebreo , y en esta misma ciudad fueron encontrados en distintas épocas muchos libros de las Santas Escrituras escritos en griego y en hebreo. Hasta hoy esta escuela se conserva , pero de la manera que lo permiten las desgracias y la obcecacion de sus miembros y doctores : los jóvenes nacidos en Oriente y Occidente que son destinados para rabinos , haciendo en su academia sus estudios al lado de los viejos

profesores del Talmud, adquieren entre los suyos reputacion tan colosal, cual no podrian alcanzar cursando en alguna de las otras escuelas de Asia, Italia ó Alemania. Mas El que vino á cumplir las figuras anunciadas en la ley que explican los rabinos suprimió sus sinagogas y academias, estableciendo una nueva jerarquía y una nueva Iglesia, á cuyo seno llamó á todas las naciones; en Tiberíades encomendó su gobierno á un pescador, dándole poder para hacer leyes. Este es el grande hecho que anuncia el templo católico que se levanta en el recinto de la ciudad dedicado á S. Pedro, á quien fué dicho: « Apacienta mis ovejas. »

El mar ofrece uno de los espectáculos mas imponentes de Palestina: llamado *Lago de Genezareth* por los Judíos unas veces y otras *Mar de Galilea*, no tomó el nombre de *Tiberíades* sino cuando Heródes hizo edificar en sus playas una ciudad en honor de Tiberio, que acababa de subir al trono de los Césares. Mide cinco leguas de largo, y su ancho en la mayor extension no pasa de dos; su agua es buena para beber y fácil de sacarse porque no tiene en su ribera sino un peso muy lijero; es tan fria que ninguna alteracion produce á su temperatura el calor del sol, á que la exponen los naturales del país en el estío; y en su seno se encuentran diversas especies de pescados no conocidos en otra parte. « La tierra que le circunda, y que lleva su mismo nombre, admira por su belleza y fecundidad al mismo tiempo. No hay plantas que su naturaleza no sea capaz de producir, ni nada que el arte y el trabajo de sus habitantes no hagan contribuir al provecho de estas ventajas. El aire es templado y propio para la produccion de toda clase de frutos; allí se ven los árboles de los países frios, y creciendo á su lado los que necesitan muchos grados de calor: las palmas, los nogales, los olivos, las higueras y todos cuantos podrian apetecerse, allí todos se encuentran reunidos. Parece que la naturaleza, en esfuerzos de amor hácia este bello país, quiso divertirse, esparciendo sobre su dichoso suelo plantas rivales unas de

otras, criando de esta manera una region que nada tiene que envidiar á las mas agradables y felices de la tierra (1). » Todo esto que escribia el célebre cronista de los hechos de los Judíos, despues de la derrota que estos sufrieron combatiendo con la flotilla de Vespasiano, que dominó las aguas del Genezareth, subsiste todavía, á excepcion de lo que depende de la industria y del trabajo del hombre. La naturaleza indudablemente no ha cambiado, pero los esfuerzos humanos que deben secundarla no aparecen. Las montañas que le rodean, áridas y blanquizas, ofrecen desde sus lomas puntos de vista sorprendentes; pero las miradas codiciosas del observador van á perderse entre objetos tristes, macilentos y salvajes. Buscad los bellos jardines, buscad las frondosas arboledas, preguntad por los nogales y palmeras que esa naturaleza feraz y caprichosa hacia crecer á un tiempo á las orillas del lago; preguntad por las higueras y viñedos « que regalaban diez meses en el año con frutos exquisitos á los moradores de este país afortunado (2). » Nada veréis ni nada encontraréis, porque nada existe; nadie tampoco os responderá, porque toda esta tierra ha quedado solitaria.

Dando vuelta en rededor del mar, se conoce mejor la desolacion de este paraíso de Galilea. Yo buscaba al Occidente aquella Cafarnaum tan opulenta y populosa, edificada sobre alturas cuyo pié bañan las aguas, aquella Cafarnaum á quien Jesus distinguió con el nombre de *ciudad suya*, y llamó á su fe con prodigios repetidos, y encontré por único vestigio de su existencia pasada uno que otro fragmento de columnas y algun monton de tierra que encerrará en su seno las piedras que le sirvieron de cimiento. Una voz terrible se oyó un dia en aquel sitio, ahora desierto: « Cafarnaum, que te elevas hasta el cielo, descenderás hasta el in-

(1) *De bello jud.*, lib. III. (Josephus.)

(2) *El mismo.*

fierno (1). » Esta voz no salía de un torbellino de fuego como la de Elías, ni se oyó entre el estampido de los rayos como la del que daba leyes en el Sinaí: pasó inapercibida para muchos, y los mas despreciaron á su Autor. No obstante, Cafarnaum cayó oprimida por el peso de la maldicion, y el que la pronunció, paseando hoy sobre las alas de los vientos y sentado entre el resplandor de querubines, pregunta al polvo de sus escombros: «¿Dónde está tu fuerza, Cafarnaum, dónde está tu fuerza?»

Siguiendo la misma costa, Betsáida, que dominaba la ensenada mas hermosa, y una de las bocas del Jordan que entra allí á depositar sus aguas en el lago, y Coratzain construida en la ribera opuesta de aquel rio, no ofrecen mas que una que otra cabaña de pescadores, y de vez en cuando tribus que vienen del desierto y atraviesan sobre sus ruinas «en caballos mas lijeros que leopardos y mas corredores que los lobos en la noche.» Al Oriente, en el país de los Gerazenos, ningun vestigio queda de Geraza y Magedon, destruidas por los Romanos; se ven, sí, grutas abiertas en las rocas, y son estas las tumbas á que alude el Evangelio al referir que «saliendo Jesus de la barca, se llegó á él un hombre que venia de los sepulcros poseido del espíritu inmundo, habitaba entre las tumbas, y habiendo roto los grillos y las cadenas, sin que nadie pudiera sujetarle, corria por los montes hiriéndose con piedras (2). » Pero estas costas despojadas como se encuentran, sin villas, jardines ni arboledas, ¡qué magníficas se me presentaban engalanadas con tantos y tan sublimes pasajes de la vida de Cristo que presenciaron! Marchitas parecen las flores mas fragantes, y secos los laureles de verdor mas fresco al lado de la majestad sublime que ostenta el Hijo de Dios vivo, hollando con su planta las aguas de Genezareth, imperando los vien-

(1) S. Mateo, cap. II.

(2) S. Márcos, cap. V.

tos desde la frágil nave, y congregando los peces á su voz en la red tendida en vano tantas veces. Yo atravesaba las aguas de ese mismo mar, que puras y tranquilas parecian un espejo inmenso..... ¡Quizá por aquí mismo atravesó la barca de Jesus! ¡Quizá aquí mismo extendía su mano para fortificar al discípulo cuya fe desfallecía! ¡Ah! en el mar borrascoso de la vida, entre las furiosas tempestades que levantan los opuestos intereses de los hombres, ¡ojalá se extiende esa misma mano que nos salve! ¡Y ojalá el mortal, que atollado en otras ondas todavía mas furiosas, apenas domina un corazon rebelde, pueda siempre exclamar con viva fe: «¡Mándame que venga á ti!»

Muy de mañana salí de Tiberíades, y cuatro horas despues me encontraba al pié del bello monte Thabor. El cielo estaba completamente despejado, un sol brillante derramaba su luz sobre los verdes bosquecillos que cubren á trechos la montaña, y el vasto campo de Esdrelon parecia sumido en un profundo silencio cuando principié á subir á pié una cuesta pendiente y trabajosa para llegar á su cumbre. Dos horas de fatiga fueron luego remuneradas con exceso; ¡no he visto lugar mas delicioso que la cumbre del Thabor! Es un llano que se extiende média legua, cubierto completamente de yerba lozana y flores olorosas, de gruesos árboles, rosas, laureles y mil arbustos que forman bosques frondosísimos. Á una elevacion de mil setecientos cincuenta y cinco piés sobre el Mediterráneo y dos mil trescientos ochenta sobre Tiberíades, contemplé el panorama mas hermoso que existe en todo el mundo. Al Sur mi vista se detenía sobre los lejanos montes de Gelboé y sobre los de Efrain y de Judá, al Occidente en el Carmelo, al Norte se paseaba en Galilea, recorría las cimas elevadas del Anti-libano, los picos blanquecinos del Hermon y el pintoresco mar de Tiberíades; seguía el curso del Jordan para ir á descansar mas léjos en la cumbre del Nebo. Pero á todo este sublime panorama aventajaba con mucho el que descubria

leyendo en S. Mateo : « Llevó Jesus á sus discípulos Pedro, Santiago y Juan á un monte muy alto y se trasfiguró delante de ellos. Su rostro resplandeció como el sol, y sus vestidos se pusieron blancos como la nieve. Moises y Elías aparecieron al mismo tiempo hablando con él.... Una nube luminosa los cubrió, y una voz salía de la nube diciendo : *Este es mi Hijo amado, en quien yo tengo mis complacencias ; escuchadle.* » Verdad es que el Evangelio no da el nombre de la montaña ennoblecida con la gloria del Hijo de Dios, pero encontramos viva la tradicion y constante el testimonio de los escritores mas respetables de los primeros siglos del cristianismo que señalan al Thabor como lugar donde se operó aquella inefable maravilla (F).

Sobre este altar sublime que se eleva hácia el cielo, fundado por el Eterno Padre para manifestar la gloria de su Hijo, se perciben todavía muy distintamente una iglesia y un monasterio de Benedictinos. Debajo de una bóveda rasgada y entre mil escombros casi cubiertos por la yerba, celebré la misa con la solemnidad sublime que inspiran el profundo silencio del desierto, la compañía apacible de los árboles y el fragante olor de los lirios y azucenas.

Poco distante de las ruinas de la abadía, un monje ruso, pensando establecer un convento para su comunión, echó los cimientos de un oratorio, y se fabricó dos celdas para sí y para los peregrinos que subían á visitar la montaña santa. No tardaron en descubrirle los Beduinos; y cuando por el número de peregrinos que habían subido y por el tiempo que llevaba sobre el monte, calcularon que tendría reunida alguna cantidad considerable de dinero, rodearon su celda una mañana, y le mandaron entregarla. El religioso protestó que ninguna moneda poseía, y poniendo su celda á disposición de todos pidió que la registrasen á su satisfacción : « Eso es muy largo, le dijo el cabo árabe, venga pronto el dinero. » Como este no llegaba, tomando al monje de la mano, mandó le fuese cortado el dedo pulgar, marli-

rio que sufrió el recluso, insistiendo en su negativa. Mas quien sufrió el dolor agudo que debió ocasionarle la brusca amputación de un dedo, perdió todo su brio cuando oyó la voz terrible del Beduino que mandaba cortarle la cabeza : abriendo entónces un pequeño agujero en un rincón de la celda, sacó su bolsa, que puso en manos del cabo, quien mandó apalearle, para castigar su doble delito de mentira y de codicia (1). Mas sorprende que un religioso prefiera perder sus dedos y exponerse á morir por un poco de dinero que este atentado de los Beduinos. El monje en este lance no mostró virtud muy acrisolada; sin embargo mañana morirá, y el mundo verá al zar canonizándole, y á la Iglesia moscovita inscribiendo su nombre en el catálogo de sus mártires. El cismático que visite la cumbre del Thabor dentro de cincuenta años irá á postrarse al pié de los altares dedicados al que derramó su sangre, no defendiendo los misterios del dogma, sino ¡ un talego de monedas! Un ilustre profesor de Cracovia marchaba un día por aquel mismo país; los Arabes le rodean y piden el dinero, que puso en sus manos sin trepidar un instante : se marchan aquellos, y distantes ya oyen gritos del que acaban de robar; miran y lo ven que corre llamándoles con indecible ahinco; se vuelven y le escuchan con asombro que : « Tomad, les dice, estas pocas monedas que habia olvidado en la punta de mi manto; diciendo que no tenia mas os engañé, pero sin advertirlo. » ¡ Respeto á la verdad llevado hasta su elevación mas perfecta por el admirable Juan Kancio! ¡ Ved ahí la lección que reciben del catolicismo los monjes cismáticos del Thabor!

El monte Hermon, raso y sin árboles de ninguna especie, parece colocado frente del Thabor para hacer con su tristeza y aridez mas espléndida la gloria y magnificencia de aquel. Elevándose no obstante sobre las montañas bajas

(1) 1852.

que lo circundan, deja percibir su cumbre, cubierta casi siempre por nieve, y en uno de sus picos mas altos la ermita de un santón, al que corren los Árabes de las inmediaciones en demanda de milagros. No sé á qué atribuir la sombría impresion que causa la vista de este monte cuando de él fué dicho: « Se regocijará en presencia del brazo que lo formó. »

Bajado del Thabor atravesé un pobre lugar que llaman Devorich, y donde Sisara, general de las tropas de Jabin, rey de Azor, fué muerto por Jahel despues de la derrota que acababa de sufrir en los planes del Cison. Débora, instrumento principal de la victoria, y Barac, general de los soldados vencedores, cantaron allí sobre los carros y despojos arrebatados al enémigo: « Oid, reyes: se salvaron las reliquias del pueblo, porque Dios combatió entre sus valientes. »

Volví á entrar en Nazareth, repasé Caifa y las aguas del Cison, y atravesé de nuevo las apacibles soledades del Carmelo; iba á visitar la ciudad de Josué, y queria descansar sobre las inmensas ruinas de la famosa Cesarea. Dejando aquellas atras, anduve vastas llanuras hasta llegar al pié de las montañas de Athlit, y descender en el pueblo de Tantoura: este es Dor, cuyo rey mato Josué, dando su corte y sus Estados á la tribu de Manases. Ningun cristiano existe en la poblacion actual, y mi guia me condujo para recibir el hospedaje á una casa contigua á la mezquita, y cuyo dueño era un santón. Esta ciudad, corte de reyes, emporio despues del comercio de los Judíos, y últimamente sede de obispos cristianos llenos de sabiduría y de virtud, hoy cuenta apénas quinientos mahometanos, que se ocupan en sembrar la tierra que les da un poco de trigo que conducen á los graneros de Jafa. Dificulto que existan hombres tan bárbaros y fanáticos como los moradores de Dor: les oí disputar toda la tarde, ví á los muchachos derribar por placer á una anciana y burlarla en la presencia misma de sus pa-

dres, me exigieron adelantada la paga del alojamiento, y rehusaron venderme la comida que necesitaba, *porque era cristiano.*

Cesarea cubre con sus ruinas una extension de muchas millas; penetrando entre estas se distinguen perfectamente las calles y las plazas, los templos y los coliseos, los castillos y los palacios, las columnas de granito y los chapiteles de mármol. Aun se conserva el acueducto que llevaba á la ciudad las aguas del Zerka; he visto en pié dos pórticos muy bien conservados, escalas y varios lienzos de muralla que parece formarían parte de algun edificio fuerte. Un superior del Carmelo encontró entero en 1780 un bello altar de pórfido que media nueve palmos de largo; ¡y quién sabe cuántas otras obras preciosas de la antigüedad habrá sepultadas bajo de aquellas inmensas ruinas! Corriendo entre estas de un lado á otro, como el hombre cuya atencion llaman á la vez muchos objetos grandes, parado en la robusta basa de una columna caída, me parecia divisar las sombras venerables de tantos ilustres personajes que honraron la desgraciada Cesarea. El hombre inspirado que confundió con la elocuencia y precision de su doctrina la sinagoga, el Areopago y la filosofía de todos los tiempos; el hombre de fuerza divina que con su valor impuso silencio á los falsos profetas y con su virtud venció la corrupcion de Roma; el doctor de los Gentiles, el clarín del Evangelio, ¡el invencible Pablo! predicó en Cesarea, instruida ya en las verdades de la fe por el Principe de los Apóstoles. Pero entonces Cesarea nadaba en opulencia, Heródes habia agotado sus infinitos tesoros para hacerla célebre, y bien demuestran hasta qué grado debió serlo los montones de ruinas y las grandes dimensiones de sus plazas y de sus palacios. De estas reflexiones me sacaron los gritos del dragoman, que me decia andar panteras por allí; tendí la vista, y efectivamente dos pasaban á corta distancia: y entrando por las cavidades de aquellos edificios, medio cubiertas por arbustos